

de miles de pechos y el sudor de miles de frentes, así yo gastaré todas mis energías, todas mis fuerzas y lenta pero continuamente, con fe, con pasión, con mi alma, iré abriendo una senda á través de su . . .

—¡Chitl vienen—dijo ella riendo otra vez.— Moore y María Teresa regresaban. Ésta, jadeante y sudorosa, agitaba su pañuelo para darse aire fresco.

—¡Qué calor hace!—dijo.—¿Por qué no fuiste?—preguntó á su hermana.

—Luis me daba una conferencia sobre exploraciones y explotaciones mineras—contestó con graciosa ironía.

Prendí un cerillo y seguí buscando. Al salir, Moore me preguntó:

—¿Qué buscas?

—El estuche japonés que regalaste á Rosa Elena, pues quizá lo tiró con el pañuelo que encontré aquí.

—No, sólo el pañuelo; muchas gracias, señor Colt,— dijo ella viéndome profundamente á los ojos, adivinando si yo habría oído. Parecía muy serena y tranquila, pero su mano temblaba ligeramente al recoger el perfumado pañuelito.

## IX

Con mediana velocidad dejábamos rodar la plataforma al regreso, por temor de un descarrilamiento, pues parece que el diablo hace estas cosas adrede y cuando menos se necesitan, según sucedió cierta vez que Don Jorge von Sberg, Rivera, el Doctor y Don José dieron de narices contra las horquillas de un cuadro, quedando llenos de chichones, raspaduras y más enlodados que unos marranos.

Moore, con una mecha que chisporroteaba, zumbando, iba por delante, dando grandes zancadas; los dos barreteros sostenían la plataforma con dos cuerdas, para que no tomara gran velocidad en el descenso; el peón llevaba la otra mecha, y al último Luis y yo corriamos también. A veces la plataforma se aproximaba, rodando con velocidad hasta las pantorrillas del yankee, y María Teresa y Angela gritaban alzando las manos. Moore, sin precipitarse, volvía la cara donde brillaban los cristales como ojos de gato, y se sonreía estirando para las orejas sus labios suaves y sueltos.

Cuando cruzamos por la veta principal, Moore tropezó con uno de los durmientes de acero que estaba un poco descubierta, y abriendo más las enormes piernas y los brazos como aspas de aeromotor, fuese un largo tramo cayendo y levantando hasta detenerse al fin, poniendo las manos y narices en la roca, á la izquierda.

La mecha quedó en medio de la vía, y la plataforma fué detenida precisamente encima de ella.

María Teresa y Angela chillaban, queriendo bajarse; pero Luis sacó la mecha inmediatamente. Sin embargo, María Teresa, que iba adelante, saltó con agilidad y fué á ver á Moore, el cual tranquilamente, con la lengua, se mojaba las palmas de las manos un poco desolladas.

—¿Qué tiene? ¿Se hizo usted daño?—preguntó con interés.

—¡Oh! gracias, gracias—contestó Moore visiblemente satisfecho,—no es nada, ¡oh, nada! Gracias, gracias.

Al oírnos reír, principalmente á su hermana, la joven se volvió rápidamente, intentando dar una explicación; pero ruborizándose por grados.

Cuando la acomodábamos en su asiento, por la puerta del camino que habíamos dejado un poco atrás, oímos gran alboroto muy próximo, y de pronto empezó á salir mucha gente con mechas, con antorchas de petróleo y con velitas, pero con tan

grande algarabía, ruidos de botes de hoja de lata, fierros, silbidos, risotadas, gritos y palabrotas, que todos nos volvimos sorprendidos para ver qué era aquello tan inusitado. Eran algunas docenas de mineros entre hombres y muchachos, y apenas empezaban á salir.

Como no esperaban encontrarnos ahí, se callaban de golpe, retrocediendo socavón arriba, donde se amontonaban. Pero salían más y más por la puerta, á borbotones casi, hombres y muchachos, sudorosos, jadeantes y muy alegres. Entre ellos aparecieron dos de frac, descalzos, con las medias en las chisteras y las zapatillas entre el chaleco, cual si fueran guantes; las chisteras abolladísimas, furiosas y llenas de fango, como los fracs, caras y camisas. Los que salían intentaban hacer señas á los de atrás; pero adentro había un ruido espantoso. Cuando oí la voz de Snurff (Güanzarotas), gutural y ronca, que gritaba:

—¡Súbatelo prrrronto! . . . ¡carramba!

Era indudable que se refería al afeminado, al cual debían traer hecho un Judas, inconocible y asqueroso.

Ordené entonces que siguiéramos adelante; pero Luis, Moore y los barreteros que ignoraban qué era todo aquello, estaban embobados, esperando la solución. Volví á insistir para que nos fuésemos, pero en vano. La gente del bautismo seguía saliendo continuamente, entre ellos varios de frac, en calzones y descalzos.

Ya María Teresa se había puesto en pie sobre la plataforma, cuando salió Cosme, mi zorra, sudoroso, con su enorme mecha en la mano y las velas quebradas, colgando de un dedo. Vernos con atónitos ojos, entender la seña que yo le hice y entrar de nuevo, empujando por el vientre á los que pretendían salir ó arrimándoles la flama por los hocicos, fué cosa de un momento. El muchacho detuvo la procesión ya al desembocar el santo, y de improviso todo quedó en silencio. Nos vieron ellas con ojos de sorpresa, y María Teresa preguntó:

—¿Qué es esto?

Moore alzó los hombros, y Luis dijo:

—No sé.

Como la situación era insostenible, quise cortar por lo sano, aclarando en parte el enigma:

—Es un bautismo.

—¿Un bautismo? . . . —exclamaron las tres.

—¿De quién? —preguntaron Moore y Luis.

—Vamos á ver—les contesté. Los dos me siguieron. Cuando entramos por la puerta, me detuve en la orilla del pozo, en la cabeza de las escaleras de muescas. Nos rodeaban muchos mineros, y en las escaleras había seis ó siete detenidos, unos arriba de otros. Entonces les dije:

—Es el bautismo del joto de El Olivo.

—¡Muy bien, muy bien! All right—dijo el yankee.

—No, no, ¡qué bárbaros! —exclamó Luis encolerizándose.— ¡Qué bestias, qué! . . . ¡Esta ha de ser invención del bruto de Güanzarotas!

En el fondo del pozo diagonal abierto sobre la veta apareció el austriaco, y haciendo un gesto bellaco y echando por todo lo alto una bendición con la zurda, le contestó á Luis:

—Ah, herreghe, ven acá con tu compagre el . . . La mano de dios trrai á tí acá . . . Baja, judío . . . baja, alma rhoñosa . . . Snurff oficiaba de cura. Un petate doblado por la mitad con un agujero en el centro, era la casulla; los calzones de punto la estola; la chistera á manotones y golpes habíala convertido en bonete; en lugar de las zapatillas llevaba unos huaraches, y en la mano derecha un trozo de tubo, que tenía en el extremo una *pi-chancha* (bálvula de pie) servía de hisopo. Rodeábanlo otros de los mecánicos sus subalternos, así como mineros, en idénticas ó peores fachas, llevando botes de hoja de lata, barrenos colgados de la trencilla, palos, etc. . . .

La víctima no la vimos, porque la tenían los padrinos en el po-

zo de más abajo, al W. de la patilla donde estaban el cura y sus acólitos.

Luis, aunque vociferaba furioso, abogando por el afeminado y diciéndoles pestes al cura y comparsa, no se atrevió á bajar (ni yo lo hubiera dejado), pues bien comprendía que cayendo en manos de aquel oso, era imposible escapar.

—Vámonos—les dije—no conviene que ellas vean ésto.

Recomendé á Snurff que ya no hiciesen nada al infeliz, y cuidara que á la salida no viesen ellas algo, procurando soltar el pajarraco hasta después que se fueran para la Hacienda. El, muy serio me escuchó, prometiendo bajo solemne juramento obedecer. Apenas nos retirábamos, empezó la gritería y el ruido.

Cuando las tres nos preguntaron ansiosamente, quién era el bautizado, quién lo bautizaba, cómo y por qué, empezó á rodar la plataforma, y aplazamos la explicación. A medida que avanzábamos, detrás de nosotros, él escándalo crecía.

Al salir, la luz del sol en brutal alumbramiento, las hizo cubrirse los ojos con las blancas manos llenas de sortijas. En el patio no había casi nadie, y por el eco repetido de las músicas se adivinaba que allá en la Plaza, fuera de labarda, el mitote era grande.

Arriba, las dos ventanas del Gabinete de Dibujo estaban herméticamente cerradas, así como la puerta. Subimos los seis en parejas, llevando yo del brazo á Rosa Elena, pues así lo indicó ella misma con gran sorpresa y estupor de Luis. La hermosa empujó suavemente la puerta con las yemas rosadas de sus dedos, y cuando se entreabrió, después de ligera y graciosa sonrisa de excusa, entró pisando con la punta de los pies como si fuese el cuarto de un enfermo grave. Detrás de Rosa Elena, entró Angela y al último María Teresa; pero apenas dió ésta unos pasos en el interior, dándose cuenta del estado general del lazareto báquico, salió cautelosamente con picaresca sonrisa en los rojos y húmedos labios y en los ojos negros juguetona malicia. Empezaba á manifestarse tal cual era, sin temor ni disimulo.

—Todas duermen—dijo.—Vámonos allá abajo, al Patio, á esperar á Rosa Elena y á Angela.

Y dirigiéndose á Moore con graciosa coquetería:

—Deme usted el brazo—le dijo—y bajaremos adelante.

María Teresa en nada se parecía á Rosa Elena, de la que era hermana menor inmediata. Más alta, morena apiñonada, ojos negros, pequeños, vivos y llenos de ardor y malicia, exuberantes y tentadoras formas de diosa pagana, de anchas caderas y senos abultados; rojos labios movibles, sensuales, un poco gruesos y cabellos abundantes, fuertes y de un negro lustroso de hulla. Vestía y calzaba con gusto y elegancia; pero cierto no sé qué desenvuelto y atrevido, un poco masculino, le daba semejanza con las yankees.

Sin ser tan hermosa como su hermana mayor, competía con ella ventajosamente, pues su nariz de ventanas abiertas, sus ojos y todo su conjunto coqueto é incitante, llevaba tras sí las miradas incendiarias de los hombres.

Como los nerviosos é inquietos, y más que eso, los impulsivos que son inconscientes, al principio estuvo muy seria, reservada y hasta tímida, encontrándose molesta en aquel medio extravagante y original; pero después que conoció todo y pudo apreciar hombres y cosas, su audacia y malicia movieron las ideas, los ojos, las manos y la lengua. Con su infalible penetración de mujer, adivinó pronto que no era indiferente su belleza á los ojos apagados y mortecinos de Moore, y sea por travesura innata, por curiosidad ó por divertirse, púsose bonitamente á ensayar al Ensayador y á beneficiar al Beneficiador.

Este, muy contento, si bien se sorprendía y atontaba á veces, su flema servíale de poderoso escudo para recibir las estocadas. Hablaba y reía María Teresa, viéndolo á los ojos con la bella cara en alto y el yankee contestaba con monosílabos, haciendo pucheros, es decir, sonriéndose.

Cuando nos sentamos en el desierto comedor, María Teresa preguntó á Moore:

—¿Tiene usted novia?

—¡Oh! no.

—¿Y allá en la gringuería?

—¡Oh! no, tampoco.

—¿Pues qué ha hecho usted entonces?

—Cosas útiles: estudiar, viajar, trabajar.

María Teresa se echó á reir en las narices de Moore, enseñando las dos hileras de blancos y menudos dientes agarrados por sólidas encías rojas. Repetía burlonamente: — ¡Cosas útiles! ¡Cosas útiles! . . . ¡Bah! . . . y agitaba con la mano una rama de cedro, con la que azotaba las tenaces moscas. De improviso, le preguntó:

—Y todo eso ¿para qué? ¿Sólo para vivir? . . . No lo creo. . .

Al yankee se le pusieron las orejotas chinas, moviendo las blancas pestañas violentamente y sobándose los muslos con ambas manos, manía muy común en él, en casos apurados.

—Todo á tiempo — dijo apenas, como quien teme salir con una tontería.

—¿A tiempo? ¡Bah! ¡A tiempo! Tiene gracia: cuando los años lo hagan ridículo.

—Soy joven—exclamó Moore, un poco picado.

—Tanto peor. ¿Nunca ha amado usted?

—No.

—¿Ni lo hará?

—¡Oh! sí, sí, ahorríta, á usted, María Teresa, muy hermosa y muy . . . muy . . . dijo riéndose de oreja á oreja y con chusco ademán, poniéndose de rodillas á sus pies. Como intentara agarrarle una mano, ella, que reía grandemente, dióle ligeros y frecuentes golpes con la rama de cedro.

Así entretenidos, no habíamos visto á Rosa Elena y Angela que bajaban, si no es porque Luis se adelantó rápidamente á en-

contrarlas. Para él no había nada, ni nadie; ni alegría, ni vida, ni luz, estando Rosa ausente. Cuando llegaron á donde estábamos, ésta, con su sonrisa oyuelada, preguntó:

—¿Qué comedia ensayan?

—La de siempre; la que todos hacemos—le contesté.

Se sonrojó, mirando luego á Luis, el cual se puso verde mar por la caricia de aquellas pupilas.

—Flierteamos—dijo Moore, sacudiéndose las rodillas.

Como empezaban á salir cautelosamente los del Bautismo, y era fácil que ellas los vieran volviendo á las preguntas sobre este asunto, propuse ir á dar un paseo. El sol estaba cubierto por una gruesa nube oscura de bordes blancos y esponjosos.

Rosa Elena iba conmigo, María Teresa con Luis y Angela con Moore. Este, que nunca se paraba por pequeñeces ó convencionalismos y decía todo con claridad, apenas habíamos dado unos cuantos pasos, exclamó interrumpiendo la conversación:

—Todos vamos muy bien, pero podíamos ir mejor.

—¿Por qué?—le pregunté.

—Mira: tú con Angela, Luis con Rosa Elena y yo con . . . usted, María Teresa . . . Bueno, así . . . Very well . . . Chacun son goût . . .

Reímos todos, menos Angela. Esta era una joven alta, delgada, bonita, bastante bonita, con la hermosura de la edad; pero tan tonta que no se podía pedir más. Era defecto de familia. Además, su timidez natural naufragaba entre el océano de superioridad y posición de sus primas, pues su madre, ella y hermanas, que eran pobres, vivían de la munificencia y aparatosa caridad de Doña Gertrudis. Angela, humilde, se divertía sin deseo cuando había que divertirse y reía con tristeza.

—¿Qué dijo al último el Señor?—preguntóme con su aflautada vocecita y temerosa de que oyera Moore, pues le sucedía lo que á todos los pobres de espíritu, que ven como seres superiores á los que hablan diversos idiomas.

—Dice—le contesté—que la armonía es estética . . . y cómoda. Me vió con los ojos del que se queda en lo mismo.

Estaba sentado Cipriano en la puerta de la Metalera, jugando con dos chiquitines, los cuales refan con incitantes gorjeos de canarios, porque les ponía la chistera y ésta les cubría hasta los hombritos. Eran sus hijos, Juan y Lucía, de dos y tres años respectivamente; chiquitines muy despiertos, graciosos, nada huranños, los cuales correteaban todos los días por Patio y Almacenes, recibiendo besos por docenas. Cuando me vió Lucía corrió á encontrarme, alzando los bracitos regordetes y esfumando las palabras.

—Siño ginielo, buena noches . . .

—¿Cómo?

—Siño ginielo . . . bueno díaaa . . .

—¿Qué?

—Siño gi . . . ¡Buenaaaa tale!

Rosa Elena tomó á la niña en brazos, besándola, y Lucía muy contenta se dejaba querer, adivinando que hacía gracia y la querían.

Con sus dos manecitas apretaba zalameramente las rosadas mejillas de la jóven. María Teresa fué y le quitó á Cipriano de las rodillas á Juanillo, el cual, inmediatamente, sin atender á que lo besaban ruidosamente, pegó la hebra de una charla imposible de entender, señalando la puerta de la Metalera con insistencia. No entendimos lo que decía; pero Cipriano dió la traducción:

—Siñor; tuito el santo día ha estao El Boy llore y llore, y ya se ajoya el probe ay adentro. Sáquele, porque se muere.

Se refería al perro, encerrado en la Metalera.

—No, eso no; es muy impertinente.

María Teresa primero y Rosa Elena después, abogaron con Cipriano y los chiquitines en favor del travieso can.

—Es insoportable. Brinca encima de todos. Va á mancharlas

—¡No sea usted malo, por Dios!

—Sáquele usted . . .

—No quiere ni comer el probe — añadió Cipriano, viéndose apoyado.

Tuve que hacerlo como lo pedían. Cuando el animal oyó el ruido de las llaves en el candado Yale y me conoció, púsose á arañar la puerta furiosamente.

Al primer salto, de una hocicada, me tiró el sombrero; luego corrió formando un pequeño círculo y volvió á brincar sobre mí, ladrando y aullando. Los ojos, casi humanos, del noble perro, expresaban alegría y gratitud.

Moore y María Teresa llevaban á Juan; Rosa y Luis á Lucía y Cipriano se colocó á mi izquierda. Cuando salíamos del Patio por la gran puerta de la barda, Angela echóse á reir sin motivo, tímidamente, apretando los dientes y ocultando la cara.

Cipriano y yo la vimos con sorpresa, pues no sabíamos qué originaba semejante hilaridad, y después de interrogarla varias veces, dijo que se iba acordando de los chistes del Señor (Cipriano) en la comida. Siempre le sucedía lo mismo; y semejante tardanza en comprender los sucesos y su significado, señalaban una *falla* característica.

El Boy, que corría en todas direcciones, fué á inquietar unos cochinos que dormían amontonados en un arroyito. Derribó dos pequeños, mordió á uno grande por las orejas y á otro le arrancó de un tirón, sentándose, la retorcida cola, provocando una chillería infernal. María Teresa, gustosísima, azuzaba al perro, los niños gritaban pataleando y Rosa Elena compadecía las víctimas, que se arremolinaban azoradas. Precipitáronse cuesta abajo en desesperada fuga, y si no hubiese sido porque los cuatro recibimos á taconazos á los animales, estropean los vestidos de ellas ó las tiran al suelo.

El perro los persiguió hasta muy abajo, cerca del camino que bordea el arroyo principal, seguido de otros canes que salieron disparados en su seguimiento.

Una ráfaga de aire llevó á nuestros oídos con el ruido de las músicas, gritos de muchachos, carcajadas y sordo golpear como de una enorme tambora. Lo que llamaban la Plaza era una esplanada de trescientos metros de largo por cien de ancho, la cual está formada en el flanco de la montaña, entre dos contrafuertes, por el acarreo, sostenido á causa de un pequeño levantamiento inferior. Allí era donde empezaba á formarse un pueblo con casi toda la gente que trabajaba en las minas: algunas chozas de zacate, esteras ó tejamanil, y en las barrancas de un arroyito que arrastraba un pequeño caudal de agua, gran cantidad de cuevas artificiales, eran las habitaciones de esos mineros vagamundos y misioneros. Prefieren las cuevas para vivir porque no se gotean y son calientes, porque no necesitan reparaciones y sólo les sirven para dormir y guardar sus ropas, pues las mujeres trabajan en sus faenas domésticas, afuera en las puertas, con un toldo de petates, y los muchachos juegan con tierra y se revuelcan en el arroyo. Los petates del toldo, en la noche sirven de lecho común y uno de puerta para evitar el aire, en parte. Cuando las cuevas se hacen insoportables por la abundancia de chinches, pulgas, etc., sacan lo poco que en ellas tienen, las llenan de ramas y malezas, prenden fuego, después barren, limpian el humo . . . . y como nuevas.

A una persona ajena á estas costumbres, sorpréndele siempre ver á las tres de la tarde salir de las minas mucha gente que se pierde en los arroyos inmediatos. Estos arroyos son característicos por el sin número de veredas y caminitos escalonados que tienen en todas direcciones, los cuales son transitados de día y noche, por obscura que ésta sea. Todo el que ha vivido mucho tiempo en las minas es algo nyctálope, y la obscuridad de fuera comparada con la espesa obscuridad del interior, tiene siempre alguna claridad para sus ojos ejercitados. Cuando en las noches se ven cruzar por estos arroyos algunas luces, son llevadas por mujeres, niños ó trabajadores del exterior.

Por una de esas veredas escalonadas que se llaman *empantillados* como en las minas, atravesamos el arroyo para llegar á la Plaza.

Todas las cuevas estaban con sus petates en las puertas; los metates arrimados á un lado con la mano debajo; un montón de cenizas con apagados troncos en medio de gruesas piedras negras, *tenamastles*, los cuales sirven para sostener ya el comal, ya la olla; y en el arroyo, como muertos, entre el fango, una gran cantidad de marranos moviendo los rabos de vez en cuando. Estos animales son la alcancía ó caja de ahorros de los pobres, y la muerte de uno de ellos, con tiempo preparada, quiere decir fiesta grande.

Cipriano agarró al Boy del collar, pues si alborotaba la zahurda nos lucimos.

En la Plaza, la borrachera era general. Los barreteros cogidos del brazo, en grupos, con los encerados sombreroes á media cabeza, sobre el hombro las cobijas, cuyas puntas arrastraban, fajados con ceñidores de colores vivos cerca de las ingles, pasaban con gran desparpajo, mirando de soslayo, desafiándose mutuamente.

Nuestro pueblo no pierde oportunidad de hacer manifestaciones de valentía y el valor entendido con criterio de gallo ó perro, es su única grandeza, su única aspiración. Los mineros que juegan con la vida y tienen rasgos notables de audacia, valor y temeridad, prefieren buscar el pleito, la riña, ¿Por qué?

Por vanidad solamente: eso que entre ellos *se suene* que Fulano *es muy hombre*, que no se *raja nunca*, que hirió á Zutano y anda *juyendo* de su tierra porque *debe una ó tres muertes*, es el colmo de la gloria á que puede aspirar un mortal. Para excitarse se emborrachan.

Sin embargo, á los mineros se les debe disimular el que sean aficionados al vino. Barretero que bebe llega á viejo, barretero temperante muere joven. El trabajo rudo que hacen, el aire vi-